

Próxima parada: Ítaca

- ¿Qué has recogido hoy, Nicómaco?- le pregunté por mera cordialidad.
- Tres bolígrafos y veinte céntimos.
- No se ha dado mal.
- Bueno, prefiero recoger espárragos. – hablaba con la voz entrecortada de los locutores de radio provinciales cuando la señal del dial llega con interferencias.

Diez minutos después, cuando se metió en el estudio, regresé a la residencia.

El primer año de carrera, iba a comer muchos domingos a casa de Lucía, una tía de mi padre que vivía en la ciudad. Una tía invidente. Perdió la vista cuando jugando al escondite con sus hermanas, cayó en un pozal de sosa que su madre empleaba para hacer jabón. Tendría ocho años. Pero yo hablo de cuando tenía ochenta, de cuando la edad le impedía valerse como antes. Entonces la familia acordó que Ágata, la hermana pequeña, se fuese a vivir con Lucía. Pasaban los tres, Lucía, Ágata y Nicómaco, el esposo de la benjamina, temporadas en la ciudad y temporadas en la aldea. Iban y venían.

Cuando estaban por aquí recibía una llamada al teléfono de la residencia todos los sábados tarde. “¿Qué haces, hijo?”, se escuchaba la voz de Ágata al otro lado de la línea. “Nada, aquí estamos.”. “Vendrás mañana.” “Iré mañana.”. “¿Y qué quieres que prepare? ¿Lo de siempre?”. “Lo de siempre”. Le dije varias veces que no hacía falta que llamara, que en principio iba, y si no, ya me encargaría yo de hacérselo saber, pero no me hizo nunca caso. “Necesito saber si vienes para comprar la cantidad de avío necesaria”, me contestó un día que le recliné de malos modos haberme interrumpido la partida. Al poco dejé de insistir.

* * *

- Aprémiate más a la próxima. – me recibía Nicómaco, ya listo para comenzar a comer. Lucía le contestaba que dejara en paz al guacho casi al mismo tiempo que le preguntaba a su hermana si había traído el pan a la mesa.

Ágata cocinaba un arroz caldoso de careta de cerdo y judías. Aquellos domingos no almorzaba. Llamaba al portero automático sobre las dos, cuando subía la mesa siempre

estaba ya puesta. Rara vez se trataba algún tema interesante durante la comida, se hacía recuento de los últimos fichajes del cementerio de la aldea o se predecía como andaría aquel año la cosecha de oliva. También se contaban chascarrillos repetidos como la vez aquella que se escapó el macho del establo o cuando mi abuelo disparó por error a mi padre un día de caza. Lucía siempre se quejaba de las restricciones del médico, que le impedían tomar cualquier cosa. “¿Es que no comes, hijo?”, soltaba al menos una vez por comida Ágata, “Pero si estoy comiendo”, le respondía con la boca llena, y me preocupaba entonces por sí la deficiencia de su hermana fuese contagiosa.

Debía de serla, porque tras los postres me sentaba en el sofá de escay y, sin sentir sueño alguno, no podía reprimir cerrar los ojos. Mientras Ágata recogía la mesa y arreglaba la cocina, el resto dormitábamos en el salón, cada uno en su rincón; hasta que volvía al salón, secándose las manos con un trapo y, situándose muy cerca de mi asiento en el sofá, me preguntaba si quería un café. Lucía, que la había escuchado pasar frente a su mecedora de tela azul le gritaba que le hiciese un cortado, pero con leche merengada, y ya que era domingo le cortase un trozo de toña.

Él ocupaba también su sitio habitual. Me extrañaba que se sentase allí, en esa silla de madera gastada, con dos fustas que servían de reposabrazos, como esas desde donde imparten su dogma los catequistas en las parroquias antiguas, con el respaldo curvo atravesado por varas.

- Tápate – me decía desde su esquina junto al ventanuco.

La casa de Lucía daba al norte, por lo que el sol a aquellas horas se escondía. La recuerdo siempre oscura, fría, como si el invierno fuese allí perpetuo. Lucía tenía una mesa camilla con brasero conectado a la corriente en la que yo me cobijaba aquellos ratos muertos. A pesar de las recomendaciones, Nicómaco no se aplicaba el cuento, destapado, en una postura tensa, dejaba pasar los minutos. De vez en cuando se escuchaba un chasquido que emitía golpeando la lengua con el paladar, o soltaba algún comentario trillado que variaba dependiendo de adonde se dirigiese su mirada.

- Jóvenes. – murmuraba si miraba para abajo, por el ventanuco, en alusión a los culpables de los desperfectos de la plaza: a las botellas vacías de la noche anterior, a los arbustos deshojados, a las ramas rotas, a las manchas de orín en los rincones, cuyo olor a veces escalaba hasta el segundo piso del edificio. En esas ocasiones Ágata regresaba de la

cocina y le daba la razón a su marido. “Hijo, ¡qué follón se organiza! No me dejan dormir, este se queja pero a los diez minutos de acostarse está roncando”.

- Ágata, los jóvenes noctámbulos sólo saben montar escándalo.

A veces iba más allá.

- Parásitos. Gérmenes sociales. - daba la impresión de que tenía una respuesta lacónica para cada situación, y la ofrecía con una sequedad brusca, sin lugar a unos puntos suspensivos, como si aquellas contestaciones breves fueran verdades absolutas e irrefutables y ponerlas en entredicho fuese la mayor osadía imaginable.

Si miraba hacia arriba variaba el discurso.

- Hipócritas.

“¿Qué dice este hombre?”, musitaba Lucía en la esquina opuesta del salón, para poco después dormitar durante horas, la tarde completa muchas veces.

Cuando el reloj de pared daba las cuatro Nicómaco se levantaba de la silla. A la tercera campanada ya había cogido el sombrero de la mesilla y la cartera. El portazo de la entrada al piso solía coincidir con la reverberación de la última hora. “Entra, anda entra”, me dijo alguna vez Ágata durante las ausencias del tío, cuando me descubría agazapado tras el quicio de la puerta del salón observando la puerta de la habitación confiscada por Nicómaco. El tío no nos permitía entrar en su despacho bajo ningún concepto, receloso de que le desordenásemos el trabajo.

- Sois criaturas caóticas. –bramaba a veces cerrando de un portazo, luego se colocaba su sombrero marrón de ala estrecha de forma delicada, empleando solo dos dedos, y se marchaba silencioso a caminar.

Al principio había tratado poco al tío, y confundía su hurañía con una severidad peligrosa, lo veía capaz de humillarme profundamente, o de imponerme insufribles castigos. Tarde varios meses en atreverme en abrir la puerta y adentrarme en ese cuarto en el que Nicómaco se emperraba en hacinarse horas y horas, como si en sus manos estuviese descubrir la ley que convirtiese el hierro en oro. Sería por San Dionisio, recuerdo que Lucía me pidió que le llevase un *mocador*, que Enrique se lo compraba cada año, porque Lucía fue casada (Enrique murió poco después de que yo naciera), y que sí, que hacía mucho de eso, pero ella todavía se acordaba y le entraba morriña, y sólo el mazapán le

aliviaba. La armonía que desprendía el rostro de Lucía al mordisquear la almendra azucarada, como la de las liebres que se alimentan sabiéndose libres de peligro, me infundió la confianza necesaria. “Voy para adentro”, murmuré, y caminé todo el pasillo sin detenerme ni para coger aire, y gire el pomo de una, con un movimiento de muñeca seco pero acompasado, sin titubeos. Allí estaba, enfrente de al menos medio centenar de carpetas y libretas. El aire en esa alcoba era denso, más denso que el de ningún lugar en el que yo hubiese estado, más incluso que en las escombreras donde a veces los chicos de la facultad íbamos a fumar y a beber. Las paredes blancas desprendían un olor de mixtura entre ajo y folio, estuve poco, porque me empezaron a entrar náuseas. En esa primera expedición no leí ni una sola letra, únicamente advertí tres montones diferenciados sobre el mueble, uno de libretas verdes, otras rojas y otras azules.

No se dio cuenta. Si lo hubiese hecho, habría dicho algo, pero no dijo nada. Cuando volvió de pasear, esperé impaciente bajo el brasero, haciendo como que veía el documental que echaban por la televisión pública, esperando a que algo me delatase, las huellas en el pomo, por ejemplo, o que tuviese un olfato de podenco capaz de olerme las entrañas media hora después de salir de la habitación. Pero no dijo nada. Fue en la segunda visita al cuarto cuando averigüé que había en aquellas libretas: palabras esdrújulas. En las verdes atesoraba los adjetivos, con su correspondiente definición y todas las acepciones que encontraba, con ejemplos de creación propia y anotaciones. Habían adjetivos bárbaros, que nunca antes había leído: ácrata, peripatético o bífero. En las rojas hacía lo propio con los sustantivos, mientras que las azules las reservaba para conjugaciones verbales, perífrasis y otras formas gramaticales. Sobre el tablero de la cómoda reposaban esas libretas, había por lo menos una quincena, ninguna en blanco. Dividía los folios por letras añadiendo así otro parámetro al folio, según las convenciones alfabéticas. En los cajones guardaba un diccionario en dos tomos y algunos diarios caducados, de hacía semanas, meses o quizás algo más, porque los más viejos comenzaban a amarillear. Poco después supe que los releía una y otra vez en busca de su materia prima.

* * *

Pasé la Nochebuena y el día de Navidad en la aldea, pero me había acostumbrado a la vida en la ciudad y ahora el devenir de las horas allí se me antojaba insoportable. No recuerdo con que pretexto les fui a mis padres, seguramente les dije que tenía que prepararme los exámenes de enero, y que allí no me concentraba. “Tú sabrás cómo te organizas”, mi padre ofreció poca resistencia. Al que más costó de convencer fue a Juan,

el menor de mis hermanos, porque le había prometido que haríamos juntos un muñeco de nieve y que le enseñaría a disparar con la onda a los gatos sin dueño. Pero el día de San Esteban tomé el tren de vuelta. Los dos meses anteriores había aprovechado cada ausencia de Nicómaco para sumergirme en su refugio privado. Aquel despacho poseía algo que me atraía, algo desconocido. El miedo a que el tío me descubriese fue poco a poco menguado a favor de una atracción magnética hacia ese código privado, ese diccionario selecto que confeccionaba con vocación febril, como si no hubiese otra forma de invertir la vida. Mis libretas predilectas eran las verdes, las de adjetivos. Apenas le dedicaba tiempo a las azules, las más numerosas, aquellas repletas de imperativos que Nicómaco empleaba continuamente para dirigirse a Ágata, a Lucía o a mí, junto a los adverbios terminados en mente, a los que recurría cuando se quedaba en blanco. Pero leyendo una sola de esas libretas podía pasar varios domingos, me parecían un manantial recóndito en la cámara de un ermitaño. Lo que allí yo aprendía me hacía sentir colmado, la pesadez del arroz se transformaba en un cosquilleo que me subía del estómago al hipotálamo. Y me habría seguido colando en aquel habitáculo únicamente por esa sensación novedosa. Pero se me ocurrió una forma de llevarlas a la práctica, lisonjear con ellas a las muchachas de la facultad.

- Fátima, no es corpóreo el éxtasis que siento al contemplar tu hipnótica mirada, se adentra en mi espíritu y me sacude con ímpetu.

O:

- Úrsula, exótico pájaro de la sabana, adentrémonos bajo las sábanas de lo recóndito y enseñame a volar autónomo de dudas.

A veces lo intentaba también con las chicas de la residencia. Les decía, por ejemplo:

- Débora, devórame sin pánico y escúlpeme con estética y decoro.

Pero mis elogios, lejos de provocar en ellas reacciones de atracción y asombro (tampoco próximos a suscitar repulsión o asco), simplemente solían causar gracia, se sonreían y me contestaban: “¡Qué cosas tienes, Miguelín!” o “¡Mira que eres peculiar, chaval!”, o sencillamente negaban divertidas con la cabeza. Luego sí que me fije en que evitaban sentarse cerca de mí en las aulas. O advertí avergonzado que Débora se reía cuando se cruzaba conmigo por los pasillos si iba acompañada. Así que poco a poco, como reaccioné frente a las llamadas de Ágata, dejé de insistir en esta empresa.

* * *

Era ya mi segundo domingo en la ciudad tras retornar de casa, día de Reyes. Estudiar, había estudiado poco, había ido por lo menos un par de tardes al cine y una a las escombreras. No recuerdo pisar la biblioteca hasta después de la Epifanía. Pero aquel domingo, Ágata había comprado un roscón a petición de su hermana. Nos reímos cuando de la dentadura de Lucía asomó el haba, “me ha tocado”, dijo a carcajadas. Al parecer, siempre le tocaba a ella.

- La Providencia es listísima, únicamente tú, Lucía, pagarías el roscón de los aquí presentes. Así no tendremos que saltarnos la norma, con lo que eso me mosquea. – cerró el puño de manera rígida con la figurita del rey dentro y se marchó al despacho. Sólo cuando pretendía sonar realmente incómodo olvidaba en el tintero sus queridas proparoxítonas, o cuando la cólera era tal, que le impedía escoger las palabras al vuelo con elegancia, con esa insólita habilidad que poseía.

Las risas no pararon. Y me entristecí por Nicómaco, porque las únicas dos personas que le hacían caso estaban vacunadas contras sus estados de ánimo. Para aliviarme repetí roscón y me eché la siesta en el sofá, tuve que taparme con dos mantas, me temblaban los pies.

- ¡Miguel, acércate al despacho cuando puedas! – los berridos del tío me despertaron, miré el reloj, eran casi las seis.

Pensé que al fin me había descubierto, hacía tiempo que esperaba aquel momento, el día en el que me citase en su despacho para confesarme que todos estos meses había sido consciente de que era cómplice de su secreto, y que a pesar de haber desobedecido, estaba orgulloso de que su sobrino hubiese sabido apreciar tan espléndida obra, yo le diría entonces que así era, que su colección me conmovía por dentro, y que me gustaría convertirme en partícipe de su cometido. Restregándome los ojos con los puños del jersey, algo nervioso, entré en el despacho.

- ¿Sí, tío?

- Miguel, en la época que llevas visitándonos he advertido cierto éxito en cuanto al cambio del léxico empleado por tu parte.

- ¿Por qué lo dices?

- Porque es tu hablar pletórico en esdrújulas. Déjame enseñarte lo que aquí escondo.

Y me instruyó en su saber, e hice yo como si desconociese todo, con mi mejor cara de estupor alababa cada una de las fértiles páginas que me enseñaba. Me decía que llevaba haciéndolo cerca de una década, desde que tuvieron que venir a la ciudad a cuidar de Lucía. Que en ese nido de enjambres que le parecía la urbe, coleccionar algo que nunca antes nadie había coleccionado, le ayudaba a poner algo de orden en el caos. Luego pasó a explicarme el procedimiento de su trabajo, la manera de confeccionar aquel código, y fui relajando la cara de estupor por una de complicidad, hasta que me sentí lo suficientemente cómodo para decirle que ya sabía todo aquello, se lo dije sin darle tiempo a que me interrumpiese, incluso le expliqué yo a él el contenido de las libretas verdes, de las púrpuras, y también de las azules. Al acabar enmudeció una treintena de segundos que a mí se me hicieron eternos.

- Miguel, lárgate.

Yo sonreí como sonríen los gilipollas cuando no saben de qué va el asunto, pero comprendí, cuando vi que ya ni me daba la cara y fingía con gesto herido que releía uno de sus viejos periódicos, que debía marcharme. Los siguientes domingos continué yendo a casa de la tía, pero Nicómaco había dejado de hablarme, ni siquiera mandaba que me tapase tras la comida, ni me regañaba cuando sorbía el caldo del arroz, ni cuando acudía tarde a la mesa.

* * *

Cuando el tío, tras acabar de comer, miraba por la ventana, ya fuese hacía arriba o hacia abajo, profería insultos e improperios violentos continuados. Pero en estos dos casos, el comentario no pasaba de un cabreo pasajero, en muchos casos la queja superficial parecía completamente desprovista de sentimiento. Era un deje automático, ya aprehendido, absolutamente imposible de remediar. Donde sí había lamento, porque no era otra cosa, era lamento, pura penitencia, era en todo el número que montaba cuando miraba hacia la estantería vacía del mueble del televisor, que más allá de alguna carta de la ONCE o del banco, estaba completamente desprovista de papel.

- ¡Qué pérdida de tiempo!- se desvivía.

En esas ocasiones, y ya llevaba tres domingos seguidos haciéndolo, perdía su postura rígida en el asiento e incluso su rostro se tornaba níveo. Al principio procuraba también

ignorar esos comentarios, para que el tío no cayese en su ciclo habitual de vejatorias, de quejas, ni mucho menos, en su endémica melancolía.

- ¡Ay, si hubiese yo sido filólogo!

- ¿Por qué dices eso a estas alturas? – temiendo que la situación se hiciese crónica y viendo en su debilidad una percha para volver a colgarme de su confianza opté por preocuparme. Me miró de reojo, receloso. Recuperó algo de color.

- ¿¡Tú te crees que me habría dedicado a la agricultura por voluntad propia!? – me recriminó- Yo habría sido filólogo, para estudiar el lenguaje matemático y equilibrado. O antropólogo, para estudiar civilizaciones pretéritas. Seguro que eran más felices porque decían únicamente lo necesario, porque no se dejaban embaucar por pensamientos cáusticos y autodestructivos. O filósofo...

Y por una vez dejó la última esdrújula en el aire, y se volvió a repantigar en su silla.

- ¿Y por qué no estudias ahora?

- ¿De qué valdría? Ya es tarde – dijo con la mirada perdida, mientras se levantaba. Se fue sin ni siquiera amoldarse el sombrero a su cabeza nostálgica.

Minutos después Ágata se sentó al lado mío en el sofá, y agarrándome de la manga del jersey me confesó: “Sabes que tu tío vio hace unos días a un hombre lanzarse desde un quinto piso. Anda, hoy cuando vuelva ve a su despacho y discúlpate”. Yo quise preguntarle dónde, qué había visto, pero nunca antes Ágata me había pedido un favor y callé. Cuando regresó de su paseo, yo esperaba a Nicómaco en la cocina.

- Perdón.

- Anda, márchate. Ya hablaremos.

* * *

Fue el día de San José, esta vez estoy seguro. Lo sé porque después de comer Lucía me dijo: “anda, Migue, vamos bajo y compramos chocolate caliente y buñuelos de calabaza, que toca celebrar San José”. Y en la calle, alguien comentó que aquella noche haría un calor inusual para las fechas, y un poniente que dificultaría el trabajo a los bomberos. La cola de la churrería era larga. La tía aprovechó para hablarme de cómo conoció a Enrique.

Luego, ya en casa, Lucía se puso a calentar el chocolate mientras cantaba canciones trasnochadas de misa, y alguna melodía de cuando era niña, “Las campanas de San Juan” y esas cosas. Entonces oí una voz que me llamaba, desde más allá del salón. Era Nicómaco.

Me acerqué a la puerta entornada de su despacho.

- ¿Sabes cuántos años tengo, Miguel? – me preguntó al percibir mi presencia tras el quicio de la puerta, sin tan siquiera levantar la vista del diccionario.

- Los mismos que el rey. – me anticipé a su respuesta. Solía recordarnos que se conservaba mejor que el monarca.

- Que el rey emérito. – apostilló con su sonrisa sarcástica. – Setenta y ocho. Casi ocho décadas y hasta ahora desconocía la palabra acólito.

- Bueno, nunca te acostarás sin saber una cosa más.

- Déjate de máximas estúpidas- lo decía como si mis palabras fueran realmente una ofensa– Toda la mísera vida diciendo monaguillo, y ahora va y acólito es sinónimo.

- Pensaba que eras ateo.

- Soy apóstata.- replicó de inmediato- Y a mucha honra, que los hay contadísimos. La gente reniega de la religión pero luego resulta que nadie se molesta en desligarse de la institución eclesiástica, que se alimenta engañándonos y robándonos. Hipócritas.

Había retornado a las sentencias inapelables, a la cháchara quejumbrosa. Síntoma que interpreté de mejoría. Algo aliviado, aproveché pues el momento para equivocarme de nuevo.

- Vuelves a hablarme, ¿debo tomármelo como un signo de perdón por tu parte?

- No del todo, desde luego no para entrar aquí. Ni siquiera tu nombre es digno, mi nombre es de filósofo, el tuyo, para colmo, de arcángel, eres partícipe de la farsa.

- Nicómaco no era un filósofo, era un personaje de Aristóteles, quien realmente era filósofo. Y mi onomástica es la de una criatura mitológica.

-Olvídame. – soltó, y estiró la pierna para cerrarme la puerta en las narices.

Me despedí de las tías y me marché cabreado con su comportamiento, más propio de un energúmeno que de persona cívica. Pero al domingo siguiente, para mi sorpresa, me recibió menos áspero:

- Por fin llegas a tiempo. Esta tarde vendrás a pasear conmigo. – Eran las dos y veinte.

Por lo demás, la comida fue como siempre, se habló de muertos y de gente que no tardaría en estarlo, se habló de lo que era comer legumbres un día sí y otro también, se habló de la cereza, que ya llegaba, del melocotón y del resto de frutales. Después, cuando llegó el momento y el reloj dio las cuatro, Nicómaco se levantó de su cátedra y, más metódico que nunca, se puso su sombrero con el índice y el pulgar.

- Vámonos.

Y nos fuimos, dirección las facultades, por el gran bulevar. Me habló por el camino de los astronómicos réditos que la jerga poética había otorgado a su obra, de las sinécdoques, las metáforas, las hipérboles y los polisíndeton. Como no, confesó que de entre todos, Góngora era su favorito, por saber emplear con éxito el retruécano y el hipérbaton. Se mostraba ahora inequívocamente simpático, me sonreía de vez en cuando, al terminar algunas frases. Nunca antes me había dado cuenta de lo amarilla que era su dentadura. Mientras hablaba me condujo hasta la puerta de un bar lúgubre, situado en una bocacalle del bulevar. Se metió dentro.

- Buenas Nicómaco. – le espetó secamente un hombre gordo y medio descamisado situado detrás de la barra. Aquel lugar olía a tabaco, yo esperaba tras la sombra de mi tío, dos o tres pasos retrasado, cerca de la puerta.

- Buenas don Álvaro, hoy traigo conmigo un epígono. – se giró entonces y me miró, hizo una seña con su mano para que me adelantase, yo me adelanté siquiera dos pasitos- Ven hijo, ven. – se volvió a girar- Este es Telémaco.

Así fue como me bautizó, delante de aquel hombre que expedía un aliento a encurtidos y café. Telémaco. Como si fuese yo su primogénito olvidado. Telémaco. O el hijo pródigo del que hablaba la parábola bíblica. Telémaco. Así me llamó por vez primera, en aquel garito tétrico, con el ruidito de la máquina tragaperras como música sacramental. Le dio poca importancia, se pidió un carajillo y me preguntó si quería lo mismo. No supe decirle que no.

Salí de aquel lugar, bar Noruega, con el regusto a licor barato en la boca, él con el periódico del día anterior bajo el brazo. No siguió hablando de lo sucedido ahí dentro.

-Telémaco, vámonos a la puerta de la facultad, ahí siempre hay féminas lindas.- y carcajeó como únicamente él lo hacía, aspirando el aire de alrededor, mostrando la dentadura oscurecida, y expulsando luego el aire enrarecido.

Yo me reí también. Con ganas. Viejo pícaro, mira que cambiarme el nombre a estas alturas. Y no quise contradecirle, ni decirle que las bibliotecas los domingos de marzo estaban cerradas, ni que poco mujerío habría por las facultades a esas horas del día en la que las terrazas aún tardarían un par de horas en llenarse.

- ¡Rápido, corre tío, que se pone el semáforo en púrpura!

Y aunque no vimos apenas mujeres, ni encontramos bolígrafos abandonados en la acera, estuve contento de estar allí. Con el primer sol primaveral dándome en la cara, con la brisa levantina dándome en la cara, y con la compañía de ese viejo pícaro y excéntrico que a cada mujer que pasaba decía:

- Mira que fémina, ¡quien fuese joven y apuesto! – pero lo decía riendo, con esa carcajada absorbente. - ¿Y qué, Telémaco, qué relación tienes tú con las féminas?

Y en aquel clima de confianza, me confesé, le conté que no todo lo bien que uno querría. Le hice cómplice de mis técnicas de flirteo, la evidencia en la que había caído, lo estúpido que ahora parecía en el ámbito femenino universitario, y también en ciertos sectores de la residencia.

- Relájate, Telémaco. Cierto es que no debes consentir que empleen contigo hipocorísticos. Nada de Miguelín, ni Migue. Miguel vale, aunque ahora tienes otro nombre. – y luego añadió– Anda, volvamos, protejámonos del crepúsculo bajo el calor doméstico.

Y eso hicimos, volver a casa, y por el camino dejamos hablar al silencio y al tráfico de los coches que volvían a casa tras un efímero fin de semana. Aunque cuando nos cruzábamos con alguna mujer, Nicómaco volvía a soltar sus trillados comentarios. Y fue entrar a casa y espetarme.

- Cógete una silla y siéntate junto a mí en el despacho.

Y eso hice. Me dio entonces un periódico, uno de hacía un par de semanas y me dijo:

-Ojéalo, y si encuentras algo, comunícamelo.

Así estuvimos varios meses, domingos prósperos de trabajo. Por lo habitual yo buscaba en los periódicos y él anotaba lo que le iba diciendo en las libretas, todas ellas numeradas, guardadas con orden y cautela en la cómoda una vez el cóncave semanal alcanzaba su término. Jugábamos a construir la cláusula más insólita con cada esdrújula inédita. Nos divertíamos con aquella rivalidad salutífera. Nicómaco no era el único que andaba casi eufórico aquella época, mentiría si dijese que no esperaba ávido la llegada de nuestra cita dominical, de protegernos baja la luz áurea de la lámpara halógena a revisar diarios, revistas, opúsculos prestados de la biblioteca, pasquines que cogía de los tablones de la universidad y que escondían múltiples tesoros entre su contenido satírico. El éxtasis incluso me había hecho retomar mi epopeya amorosa, que finalmente había llegado a buen puerto. Una muchacha nórdica, de tez pálida y mirada color índigo que respondía al nombre de Penélope (pronunciado Penélopi) se reía de mis gansadas en clase de Historia. Ahora creo que su atención se debía al hecho de su moderada incompreensión hacia mi lenguaje, o quizás le ponía de buen humor el tórrido sol de mayo, tan esporádico en su república natal. La cuestión es que aceptó de buen grado mis dádivas, véase entradas esporádicas al cine y una retórica estrambótica.

La épica, aunque discreta e individual, por fin se daba en nuestras vidas. Nicómaco y Telémaco habían alcanzado el equilibrio. El sábado previo a Pentecostés me llamo, para no perder el hábito, Ágata. “Sí, tía, iré mañana”, como muestra de desaprobación a esas llamadas había omitido el saludo previo. “No, mañana no puedes venir.”. “¿Por qué?”.

- Miguel, Nicómaco ha muerto esta mañana. – lo dijo con un tono inexpresivo, sin un deje de tristeza o afectación o sobresalto. Cómo si se ella fuese el médico forense y no la cónyuge.

- ¿Cómo? – pregunté. Y mi voz no supo esconder la tristeza, ni la afectación, ni el sobresalto que había brotado de súbito, como la luz en la oscuridad más inmensa.

- De un infarto al corazón. Sus últimas palabras fueron: “¡Por Júpiter!, a mi sístole no le asiste la diástole”. Poco después dejó de respirar. Estaba sentado en su silla, la que tú dices que parece de catequista incrédulo. – Mi pregunta no buscaba conocer las causas del óbito, pero agradecí saber aquello, aquella patética y cacofónica cláusula que a Nicómaco le sirvió de despedida. Aunque la tristeza, o quizás el sobresalto, me impidió

ver cuánto sabía la tía en comparación a lo que yo pensaba, como aquellos meses nos había vigilado al dedillo.

Era el sobresalto, ahora estoy casi convencido de que fue eso. Fue el sobresalto lo que en aquel momento me hizo olvidar todo (me retire a mi cuarto sin dar parte a mis compañeros de que abandonaba la partida). Me senté en el escritorio, y tras coger lámina y péndola, escribí una epístola. Y mientras escribía me fui, progresivamente, relajando. Pensé entonces en todos los motivos del vínculo entre Nicómaco y yo. La aldea decrepita. El cuévano de sosa cáustica. La ciudad anónima y mortífera. Los ágapes organizados por Ágata. Los cánticos de júbilo de Lucía. La lámpara halógena, el brasero eléctrico, los bolígrafos y otros bártulos de su habitáculo. Su risa estentórea y fétida. El éxodo ilíaco hacia lo idílico. Esa especie de relato feérico que momentáneamente parecía que estuviésemos viviendo. El marchito y deletéreo órgano. La cómoda de las esdrújulas.

Termine de escribir la carta, la metí en el sobre y me dirigí al buzón más próximo. Andaba plúmbea la atmósfera, el empíreo colmado de cúmulos.

* * *

Ni siquiera la muerte trajo descanso a Nicómaco. Sus honras fúnebres fueron un ajetreo: al monaguillo, mi hermano Juan, se le calló la patena tres veces al suelo durante la comunión, mis primos pequeños correteaban por las naves laterales, mi abuelo no paró de sonarse durante toda la eucaristía. La enorme corona de flores amarillas sin pétalos que había encargado Ágata lucía indecente a los pies del altar. No recuerdo mucho más, no sé si alguien derramó una lágrima, ni conté las esdrújulas de la plática del cura (un joven filipino que ni se subió al púlpito, ni dominaba demasiado bien el castellano). Mi atención estaba en la puerta de la iglesia: le había escrito al rey, quería comprobar cómo se conservaba. No vino. Tendría la agenda ocupada.